



Rafael Alvira: la castiza filosofía del hombre que vuelve

Reyes Calderón. Universidad de Navarra

Dios prefiere a la gente corriente, por eso ha hecho tanta. Esta sentencia, pronunciada por Abraham Lincoln a mediados del siglo XIX, bien podría haber correspondido a Rafael Alvira, y, más concretamente, a la Filosofía del profesor Alvira, dictada siglo y medio después, eso sí, con ese sabor castizo que retienen como nadie los madrileños a los que les ha tocado vivir por el mundo.

El casticismo, la tendencia hacia lo castizo, se manifiesta literaria, cultural, e incluso ideológicamente, con muchos perfiles. El diccionario ofrece, por ello, acepciones varias. Desde el que tiene buena casta, hasta el que emplea un lenguaje puro, evita los extranjerismos y prefieren el empleo de voces y giros de su propia lengua; desde el que naturalmente se muestra desenvuelto y gracioso, hasta el que presenta, en algún punto, un matiz reaccionario.

Tengo para mí que Rafael Alvira –que siempre ha presumido orgulloso de sus padres; de buen lenguaje, buena desenvoltura y una porción no pequeña de revolucionario clásico– es un ejemplo estupendo de esa casticidad. Pero al mismo tiempo estoy convencida de que ese matiz se ha trasladado naturalmente a su pensamiento y a su filosofía: la vital y la docente.

Castizo es un término de origen incierto, muy probablemente proveniente del latino *casticeus*. Según los expertos, el vocablo *castus* presenta dos acepciones muy distintas: se asigna, en primer lugar, a quien es insinuado en ritos y ceremonias y, en segundo término, al que es puro y sin





artificio en sus actuaciones, concepto, por cierto, muy distinto al purismo combatiente de deformidades nacionales. Todos los que lo hemos tratado, bien sea de cerca o de lejos, podemos dejar constancia de que la elegancia en el trato social es faceta característica del profesor Alvira. Pero entiendo que también se le aplica la segunda acepción. Castizo es, en mi visión, el que instruido en lo bueno del pasado (en nuestro caso, indudablemente de inspiración cristiana) se dedica a lo puro, a la esencia de las cosas, y deja de lado esos modernismos y extranjerismos que, lejos de producir innovación, confunden la velocidad con el tocino.

He sido testigo, en más de una ocasión, tanto en sus clases como en charlas y conferencias en distintos foros, de cómo el profesor Alvira sonreía con satisfacción al afirmar que a él, y a la sazón a su ciencia, únicamente le preocupaba dar respuesta a la esencia de las cuestiones corrientes, las que nos formulamos los días de cada día, las que llenan las horas que unen pasado, presente y futuro, porque conforman el siempre; que ese *amor por la sabiduría*, que a mi modo de ver es la Filosofía, ilumina especialmente los aspectos básicos, puros, castizos, que nos caracterizan, nos unen y nos reúnen como seres humanos.

Guardo como oro en paño los apuntes que tomé cuando cursé una de las asignaturas de doctorado que él impartía. La materia era, no podía ser de otra manera, "Filosofía política", pero tengo para mí que el término (y el concepto) en el que cuantitativa y cualitativamente más se detuvo, el que más saboreó, no fue el clásico de la libertad, ni tampoco el de la igualdad radical que es la democracia, cuanto una versión muy particular de la fraternidad, aquélla que se vive en la familia, término, en muchas lenguas sinónimo, de casa.

Si algo de sus clases se me quedó grabado a fuego en la memoria fue su concepto de familia, *el lugar al que se vuelve*, tanto en sus aspectos existenciales como en el papel esencial que la familia juega en el orden





CUADERNOS EMPRESA Y HUMANISMO

económico. Supongo que, a los procedentes de otras ciencias con mayor carga humanística, esa definición no les suscitará grandes quebraderos de cabeza. Pero yo procedo del área de la Economía: he sido formada en un contexto neoclásico y reformada en un ambiente institucionalista. En ambos, el átomo –el intercambio y su racionalidad– es llevado a cabo por y para individuos sin arraigo, con una función de utilidad completamente independiente. La supremacía del individuo vigente en la Economía es acorde con la presente en la filosofía democrática (de hecho, la formación del precio en el mercado perfecto, donde ningún oferente ni demandante es capaz de influir decisivamente, se asemeja mucho a la formación de un gobierno salido de las urnas), pero ambas olvidan que el ser humano es un habitante, que planta su tienda y regresa a ella una y otra vez.

El carácter radicalmente familiar del ser humano –siendo la familia un lugar sin mercado ni precios, donde uno es valorado por lo que es y no por lo que tiene, donde uno es único e invendible– ha sido completamente obviado, olvidado y aún menospreciado por esta sociedad, que siempre mira hacia delante, que no vuelve, y que, precisamente por ello, cae en crisis cada vez más profundas. Crisis de valores, de raíces. Crisis de impurezas, toxicidades y burbujas.

Alertaba Thomas Paine en *Common Sense*, allá por 1776, que hay gente que confunde la sociedad y el gobierno. La primera nace para nuestra felicidad; el segundo, por nuestros pecados. Nos saltamos los semáforos, por eso hay policía. Pero nos hemos saltado también la familia, que está llamada a hacernos más felices, como personas y como comunidad. No es muy castizo ni muy inteligente hacer eso, como no lo es separar la empresa del humanismo o la persona de su hábitat natural.

La empresa, los hombres y mujeres de empresa, deben estar agradecidos al profesor Alvira por haber dedicado su tiempo y sus mejores esfuerzos a recordarnos, con extrema elegancia y respeto, tantas cosas





corrientes que nos hacen hombres y mujeres auténticos. El resto de sus alumnos debemos estar agradecidos porque su puerta siempre ha estado abierta para los que volvemos una y otra vez. Gracias, maestro.

